

Cristina Azuela

*Seminario de Poética, IIFL, UNAM*

### **El mundo de la erudición frente a la gente común en los *Cuentos de Canterbury*<sup>1</sup>**

En los *Cuentos de Canterbury* aparecen numerosas alusiones al universo de los estudios, ya sea en la forma de personajes estudiantes, que pueden ser buenos o malos estudiantes, ya sea como parodia de las argumentaciones académicas, ya como menciones más o menos extensas al mundo de la erudición, y por supuesto, dado que se trata de una competencia literaria, la tela de fondo de parecería estar constituida por los saberes librescos, de los que el autor a veces habla con veneración, para hacer mofa de ellos en otras ocasiones. El propósito de este trabajo es examinar cómo Chaucer se esmera en presentar estos contrastes: el universo erudito ante la opinión de la gente común, cuyo discurso se tiñe de una mezcla de desprecio y respeto, que se repite una y otra vez. Parecería que al autor inglés le interesara especialmente consignar esta actitud contradictoria hacia el mundo del conocimiento, actitud que respondía a una realidad social cotidiana.

Comenzaremos pues con los estudiantes tal y como son presentados en la obra, lo que nos permitirá ir apreciando la actitud de los “legos” hacia los diferentes ámbitos del saber:

<sup>1</sup> Una primera versión de este trabajo fue presentada en una mesa redonda durante el homenaje a Chaucer realizado por la Coordinación de Letras Modernas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM (en enero del 2001).

Durante la época medieval la palabra “*clerk*”, “clérigo”, denotaba en general a cualquier hombre que pudiera leer o escribir, aunque más bien se refería a los hombres de estudio, a los letrados. Si bien un clérigo podía ser específicamente eclesiástico, ya ordenado, también podía tratarse de un estudiante de la universidad que, habiendo recibido la tonsura, tenía derecho a ciertos privilegios y que podía o no haber recibido las órdenes menores (*Riverside*, p. 810;<sup>2</sup> Bowden, p. 60). De hecho, la educación en Oxford y Cambridge —las universidades mencionadas explícitamente en los *Cuentos de Canterbury*—<sup>3</sup> estaba diseñada para preparar a los futuros hombres de iglesia, aunque muchos de sus graduados al final no recibieran las órdenes.

En el *Cuento del Molinero* aparecen dos *clerks*: “el apuesto Nicolás”<sup>4</sup> y Absalón. El primero es descrito como “*poure scolar*” (estudiante pobre), a pesar de que se da el lujo de rentar un cuarto para él solo en la casa del carpintero, en una época en que el común de los estudiantes se veía obligado a compartir habitación con varios, e incluso a veces una misma cama. Este no tan “pobre” estudiante es poseedor de una buena habilidad —que ejercitaba con ingenio y discreción— para las intrigas amorosas.<sup>5</sup> Cosa que demuestra con la enorme rapidez —y osadía en los gestos— para seducir a la esposa de su hostelero o anfitrión, apenas éste se ausenta. Mientras tanto, el segundo

<sup>2</sup> Todas las citas de los *Cuentos de Canterbury* son de la edición de Larry D. Benson: *The Riverside Chaucer*.

<sup>3</sup> Como se verá en este trabajo, el estudiante de la peregrinación (el peregrino estudiante) así como el quinto marido de la Mujer de Bath son estudiantes de Oxford, al igual que “el apuesto Nicholas” del *Cuento del Molinero*, mientras que los dos estudiantes del *Cuento del Mayordomo* pertenecían a Cambridge.

<sup>4</sup> “*hende Nicholas*”, y el irónico narrador no deja de repetir el epíteto, aunque también se ha visto en la palabra “*hende*” una relación con “*hand*”, “mano”, lo que indicaría un juego de palabras ya que Nicholas realmente demostró ser rápido con las manos al seducir a Alison.

<sup>5</sup> Retomo aquí expresiones de una edición en español, que sin embargo, no es traducción literal (Chaucer, *Cuentos de Canterbury*, Barcelona, Sopena, 1983, p. 57). Salvo indicación de lo contrario, todas las traducciones de Chaucer son mías.

es un “*parish clerk*”, sacristán de la iglesia, que conoce a todas las damas hermosas de la parroquia, y a todas intenta seducir, que sabe danzar y tocar canciones, que frecuenta las tabernas... (I (A) 3312-3348). Aunque ambos respondan al nombre de “*clerks*”, en este trabajo nos vamos a referir más bien a los “clérigos” estudiantes o gente de estudio, y no a los clérigos de iglesia como Absalón.

Los satiristas de la época de Chaucer solían presentar a los estudiantes como revoltosos, camorristas, amigos del vino, del juego y de las mujeres deshonestas, irreverentes, frívolos, enredados en riñas fatales, y cuyas fechorías permanecen tanto en los archivos legales —como hacen constar los biógrafos de Villon— como en la ficción.

Pero si, como afirma Bowden, existían los buenos y los malos estudiantes, estos retratos no serán la única imagen que Chaucer nos ofrecerá de la gente de estudio. En el Prólogo General encontraremos una imagen totalmente opuesta de un *clerk*. A pesar de que en las traducciones al español este *clerk* es presentado como el “estudiante”, tanto en el Glosario de términos empleados por Chaucer (N. Davis, *A Chaucer Glossary*), como en las notas de la edición de sus obras completas (*The Riverside Chaucer*), al *clerk* peregrino se le podría definir más bien como *scholar*: estudioso, académico, hombre de letras, y no como simple estudiante.

Por otro lado, habría que recordar que, siguiendo la tradición literaria de la sátira de los estados (“*estates satire*”), en su Prólogo General, Chaucer presenta retratos irónicos y muy críticos de la mayor parte de los peregrinos. Sin embargo, el peregrino *clerk* goza de una presentación de lo más halagadora y poco crítica, que podría parecer incluso demasiado perfecta.<sup>6</sup> Se trata de un estudiante —o de un letrado— de Oxford, “durante un tiempo aplicado a la lógica”, delgado y de mirada melancólica,

<sup>6</sup> De hecho ha sido notado que tanto el del clérigo, como el del párroco, son retratos ideales.

cuyos intereses no son materiales (no ha buscado ni beneficios y ni una situación en el mundo; su caballo está famélico, pero no tanto como él...), ya que preferiría tener las obras de Aristóteles a gozar de ropajes o instrumentos musicales (y aquí no se puede olvidar que justamente Nicholas era alegre poseedor de un salterio). Sencillo, amable, de pocas palabras, y siempre dedicadas a materias elevadas, satisfecho con aprender y con enseñar... (v. I (A) 285-308). Este hombre de estudio modelo, que ha sido incluso identificado con conocidos académicos de la época de Chaucer (*Riverside*, p. 810), relatará una de las historias más notables de *los Cuentos de Canterbury*, la de la paciente Griselda, tomada, curiosamente, de otro famoso *clerk*: Petrarca —que nuestro peregrino describe como “*worthy man*” y “*highte this clerk*” (IV (E) 39 y 32)—, quien a su vez la había traducido del toscano al latín de la última historia del *Decamerón* de Boccaccio (el último “*worthy clerk*” que se podría añadir a esta cadena).

Llama la atención el contraste de este personaje, con los de los estudiantes en el interior de los relatos, que parecerían más propiamente reflejo de los malos estudiantes de las sátiras. Y aquí cabría hacer énfasis en que en el primer cuento donde aparece un estudiante, el *Cuento del molinero*, la presencia misma de personajes ligados al estudio constituye una novedad. En efecto, en ninguna de las historias análogas a este relato los enamorados de la esposa son estudiantes universitarios (Bowden, p. 60). Esto implica que Chaucer hizo una elección consciente para desarrollar un tema que, por su reiteración a lo largo de la obra, parece inquietarle de algún modo: el contraste entre el universo de los estudiosos y el de la gente común.

Chaucer mismo, con cierta ironía al describir como Nicholas no pierde un minuto ante la primera ausencia del carpintero para meterle mano a la esposa de éste, explica que “... los estudiantes son tan ingeniosos y extravagantes”.

“As clerkes ben ful subtile and ful queynte” (I (A) 3275).<sup>7</sup> Como si quisiera señalarlos, de entrada, como sujetos diferentes al resto de los demás, o, por lo menos, cuidando que su narrador, un molinero común y corriente, y por añadidura, en palabras del propio narrador general de la obra, un hombre reconocidamente vulgar,<sup>8</sup> manifestara una cierta distancia con respecto a esta “especie” distinta de personas.

No podemos olvidar que aquí también hay un problema de definición de la actividad de los letrados, ya que a pesar de que para los universitarios medievales nada era más importante que definir su situación como trabajadores, como precisa Le Goff, se equivocaron al aislarse de los trabajadores manuales, cuyo trabajo, siguiendo la tradición antigua, era despreciado por los intelectuales. (*Los intelectuales...*, pp. 104-5). Esto abre una brecha en el interior de las ciudades entre estos universitarios que no sólo son fuente de constantes escándalos y pleitos, sino que además cuentan con privilegios especiales, y el resto de los gremios y oficios que sostenían económicamente a la ciudad.<sup>9</sup>

Y de hecho la brecha se agrava con el sentimiento de élite y de superioridad del intelectual, que vemos perfectamente ilus-

<sup>7</sup> Hay aquí un posible juego de palabras, ya que el término “*queynte*” se refiere tanto a los genitales femeninos, como a los adjetivos “extraño”, “curioso” e “ingenioso” ... (cfr. Davis, *A Chaucer Glossary*, p. 115), acepciones estas últimas que retenemos aquí, ya que en el verso siguiente, Nicholas pesca a la dama justo por el “*queynte*”: “And prively he caughte hire by the queynte,” (I (A) 3276).

<sup>8</sup> “The Millere is a cherl; ye know wel this” (I (A) 3182) (“El molinero es un hombre rudo y vulgar, ustedes lo saben bien”).

<sup>9</sup> Volveremos a esto más adelante. Cabe citar sin embargo, la descripción que hace Gilman de Salamanca, donde muestra el estado de excepción en que se encuentran las universidades medievales (aunque no olvidamos que Gilman habla del siglo xv): “Como otras universidades de su tiempo (y del nuestro aunque en menor grado), Salamanca era un ‘estado independiente’ consciente de ser distinta de la ciudad y de la nación que la rodeaba. Sus estudiantes llegaban del mundo entero, y de hecho casi todos ellos eran devueltos a ese mundo exterior. Pero mientras eran ciudadanos de la ‘república llamada Universidad’, las condiciones sociales de su existencia eran profundamente ajenas a todo lo que pudiera encontrarse fuera. Ir a Salamanca era hacer un viaje a un país extranjero, país que [...] estaba decididamente resuelto a mantener su prestigio e independencia” (*La España...* p. 280).

trado cuando Nicholas, jactanciosamente, afirma que “si un estudiante no puede aventajar en astucia a un carpintero, es que ha perdido su tiempo [estudiando]”:

*A clerk hadde litherly biset his whyle,  
But if he koude a carpenter bigyle* (I (A) 3299-3300).

Por ello, a partir de una sofisticada exhibición de sus conocimientos académicos el estudiante estructurará toda la estrategia para realizar el adulterio. Para lograr que el carpintero deje libre por una noche la cama que comparte con su esposa Alison, Nicholas inventa que gracias a “sus estudios de astrología” y a “sus observaciones de la luna en su fase más brillante”, ha descubierto que, en “la noche del próximo lunes” lloverá torrencialmente y la tierra quedará tan inundada, que al igual que durante el diluvio de Noé, toda la humanidad perecerá (I (A) 3514-3521). Ante tal perspectiva, el carpintero cae en el engaño, y Nicholas logra pasar una noche con su esposa.

Al hacer la descripción de Nicolás y sus pertenencias<sup>10</sup> en este relato, el narrador se esmera en aludir a las siete artes liberales —en vena burlesca, dirá algún crítico (Coffman, 1952)—. Sin embargo, hay un especial énfasis en los conocimientos de astrología del estudiante (“*al his fantasye was turned for to lerne astrologye*” “todo su interés se había volcado en aprender astrología”), mismos que le permitían no sólo hacer predicciones climáticas, sino opinar acerca de cualquier asunto,<sup>11</sup> explotando la credulidad de ignorantes ingenuos como el carpintero.

<sup>10</sup> De hecho la descripción de los haberes de Nicholas es tan minuciosa que se ha dicho que se trata del inventario más completo de las propiedades de una gente de estudio antes del siglo XVI, (*Riverside*, p. 843).

<sup>11</sup> V. al respecto Coffman 1952. He aquí la cita literal:

“With hym (con el carpintero) ther was dwellynge a poure scoler,/ Hadde lerned art, but al his fantasye

Sin embargo, Nicolás no es el único que aprovecha así su instrucción; habrá otros estudiantes en los *Cuentos de Canterbury* que emplean sus conocimientos astrológicos para lograr objetivos igualmente dudosos, como es el caso del mago-astrólogo de Orléans, en el *Cuento del terrateniente*, quien con un acto de ilusionismo ayuda a Aurelio a crear la apariencia de que las rocas de la costa de Bretaña han desaparecido.<sup>12</sup>

La actitud de Chaucer ante este tipo de conocimientos parecería en cierto modo ambigua. Por un lado describe minuciosamente el procedimiento del estudiante-mago-filósofo (y éstos son los términos con los que es designado a lo largo del relato)<sup>13</sup> para crear la ilusión óptica. Tantos detalles proporciona, que incluso se ha podido afirmar que debió consultar un tratado de magia (Bowden p. 105). Pero, a pesar de toda su admiración, al referirse al asunto, el terrateniente no deja de

Was turned for to lerne astrologye,  
And koude a certeyn of conclusiouns,  
To demen by interrogaciouns,  
If that men asked hym, in certein houres  
Whan that men sholde have droghte or elles shoures,  
Or if men asked hym what sholde bifalle  
of every thyng ..." (I (A) 3191-3198).

"Con él (con el carpintero), vivía un pobre estudiante que había aprendido las artes liberales, pero todo su interés se había volcado en aprender astrología, y sabía realizar cierto número de operaciones astrológicas y determinar con cálculos científicos si habría lluvias o sequías, o *pronosticar toda clase de acontecimientos...*" Todos los subrayados son míos.

<sup>12</sup> Aunque varios críticos precisan que no fue un acto de ilusionismo, sino que simplemente hizo cálculos de las fases de la luna para predecir cuando subiría la marea y cubriría las rocas.

<sup>13</sup> El hermano de Aurelio, que era él mismo "*clerk*" (V (F) 1105, 1119), lo lleva a buscar a Orléans a otro "*clerk*" que pueda hacer actos de ilusionismo (V (F) 1157); y en efecto encuentran "*a yong clerk*" (V (F) 1173), un "*Briton clerk*" (V (F) 1179). Unos versos más abajo, ya es llamado, mago: "*this magicien*" (V (F) 1184); luego nuevamente "*this clerk*" (V (F) 1233); "*this magicien*" (V (F) 1241); "*This subtil clerk*" (V (F) 1261). Luego cuatro veces "*philosophre*" (V (F) 1561, 1572, 1585, 1607), aunque aquí hay que precisar que el término "*philosophre*" puede significar filósofo, escritor erudito, alquimista, mago, astrólogo... (cfr. Davis, *A Chaucer Glossary*, p. 109). Y finalmente, el propio mago se llama a sí mismo "*clerk*" (V (F) 1611).

calificarlo como “supersticious cursednesse” (V (F) 1272) (supersticiones malditas).

Hay que recordar aquí, como lo señala Pedro Cátedra citando a Enrique de Villena y a Hugo de San Víctor, que dentro de las ciencias que hacían accesible el saber humano en la Edad Media, se consideraban cincuenta ciencias lícitas y otras tantas vedadas, encabezadas por la magia (Cátedra, p. 86). La distancia que el terrateniente de Chaucer intenta marcar al afirmar despreciativamente que se trata de supersticiones —y habría que tomar en cuenta que se tomó el trabajo de situar la historia en un pasado remoto y precristiano—,<sup>14</sup> parecería reflejar un temor que, aunque aquí se refiere a la magia, podría fácilmente extenderse a la aprensión que la familiaridad con los libros y los conocimientos que no quedan al alcance de la gente común podía producir en los legos. Estos parecen rechazarla instintivamente, como queda ilustrado, no sin malicia, en el personaje del carpintero.<sup>15</sup>

En efecto, la primera reacción del marido de Alison cuando se enfrenta a Nicholas fingiendo un trance de concentración al observar las estrellas, es de recelo: “Este hombre se ha vuelto loco con su astronomía”,<sup>16</sup>

*This man is falle with his astromye, In some woodnesse or in som agonye* (I (A) 3451-3452).

<sup>14</sup> “... swiche illusiouns and swiche meschaunces/ As hethen folk useden in thilke dayes...” (V (F) 1292-3) (“tales trucos, y tales prácticas endemoniadas, como las que los paganos empleaban en aquellos tiempos”).

<sup>15</sup> Como la nota de la edición de *Riverside* señala, el interés generalizado entre los estudiantes por las predicciones astrológicas daba pie a toda clase de sospechas de la gente común hacia el aprendizaje como algo relacionado “con lo arcano, lo engañoso y lo mágico” (p. 843, cit. de Bennet, *Chaucer at Oxford and at Cambridge*, Toronto y Buffalo, 1974.)

<sup>16</sup> El término “astromye” bien pudiera constituir un calco del lenguaje oral del carpintero, que incluiría la mala pronunciación de un término complicado para acentuar la comicidad y el contraste entre su ignorancia y “los estudios” de Nicholas. Pero no se descarta que se trate de una variante aceptada (nota de *Riverside*, p. 846).

La gente no debería hurgar en los secretos de Dios... Bienaventurados los hombres simples, que no saben nada salvo el credo.

... *Men sholde nat knowe of Goddes pryvetee.*<sup>17</sup>

*Ye, blessed be alwey a lewed man*

*That noght but oonly his bileve kan!* (I (A) 3454-3456).

El juego de Nicholas para engañar al carpintero tomaba justamente en cuenta esa incomodidad de los legos ante el saber: el estudiante prepara cuidadosamente la escena para fingir una especial concentración y un alejamiento de los intereses terrenales (no salió a comer en varios días —aunque había preparado comida oculta) y le indica a la esposa que se muestre preocupada por él. Al ver en qué raro estado lo ha puesto su observación astral, el carpintero afirma que lo va “a regañar severamente por tanto estudiar”<sup>18</sup> y para “poner fin a tanto estudio”<sup>19</sup> farfulla, en una actuación bastante cómica, toda clase de rezos y plegarias para exorcizarlo y protegerlo contra hechizos y malos espíritus.

Pero toda su preocupación por el estado en que “los estudios” han puesto a Nicholas, no impide al buen hombre burlarse de los mismos, ya que, afirma: “así le pasó a otro estudiante con la astronomía, por ir por los campos mirando las estrellas, se cayó en un lodazal ¡cosa ésta que no había podido predecir!”

<sup>17</sup> Al citar esta frase no ignoro que es la segunda vez que se repite en el texto. La primera vez —en el *Prólogo al cuento del molinero*— implicaba una interpretación más osada, debido a la variación del sujeto y los añadidos, con lo que el sentido de “*pryvetee*” adquiriría el matiz de “partes nobles”: “Un marido no debería hurgar en los secretos —o partes nobles— de Dios ni en los de su propia esposa,” “A housbonde shal nat been inquisityf of Goddes pryvetee, nor of his wyf...” (I (A) 3163-3164). Al respecto ver Kendrick, *Chaucerian Play*...

<sup>18</sup> “He shal be rated of his studyng” (I (A) 3463).

<sup>19</sup> “He shal out of his studyng...” (I (A) 3467).

*So ferde another clerk with astromye;  
He walked in the feeldes for to pry  
Upon the sterres, what ther sholde bifalle,  
til he wa in a marle—pit yfalle;  
He saugh nat that. ... (I (A) 3457-3460).*

Lo que estas citas reflejan es la tensión existente entre el respeto teñido de temor ante todos esos conocimientos fuera del alcance de cualquiera, y el marcado resentimiento que la misma situación de excepción del intelectual podría producir entre la gente común.

De hecho, el carpintero no será el único en mostrar esa actitud de desprecio ante “los estudios”. No se puede dejar de recordar aquí al molinero del siguiente relato, el *Cuento del mayordomo*, quien, ante el intento de los estudiantes de Cambridge de evitar que les robe al molerles el grano, sonrío maliciosamente:

Creen que nadie va a engañarlos, pero con mi astucia yo les voy a ver la cara. A pesar de toda su sutileza en filosofía, entre más agudos sean, más harina les voy a robar. ... Los mejores estudiantes no son los hombres más sabios (no son los más inteligentes). ... Yo no doy un cuarto por todo su saber.

*They wene that no man may hem bigyle,  
But by my thrift, yet shal Y blere hir ye,  
For al the sleighte in hir philosophye.  
The moore queynte crekes that they make,  
The moore wol I stele whan I take.  
... The gretteste clerkes been noght wisest men  
... Of al hir art counte noght a tare. (I (A) 4048-4056).*

Acto seguido, le suelta la correa a su montura, y mientras ellos la buscan desesperadamente, el molinero, con toda calma les roba su harina. Si bien el tramposo sufrirá una venganza tremenda por parte de los estudiantes, quienes terminan apro-

vechándose de su mujer y su hija y recuperando todo lo que les habían hurtado, la actitud despectiva del molinero hacia ellos es algo que a Chaucer le interesa mostrar. Y lo subraya al hacerlo repetir, cuando les acaba de robar la harina, que a pesar de todos los conocimientos de los estudiantes, un simple “molinero bien puede tomarles el pelo”.

*Yet kan a millere make a clerkes berd,  
For al his art; ... (I (A) 4096-4097).*

La inquietud de Chaucer ante esta oposición entre los “doctos” y los “ignorantes” fue introducida desde el Prólogo General, cuando, al presentar al administrador (el *Manciple*) de uno de los colegios de abogados de Cambridge, describe como éste se enriquecía haciendo negocios a costa de los doctos. Y el falsamente ingenuo narrador exclama: “¿No es realmente una muestra de la gracia de Dios el que el ingenio de un hombre sin cultura supere la sabiduría de un grupo de personas tan instruidas?”

*Now is nat that of God a ful fair grace  
That swich a lewed mannes wit shal pace  
The wisdom of an heep of lerned men? (I (A) 573-575).*

Unas líneas más abajo volverá a insistir en ello, cuando al describir las amplias capacidades de los ilustrados abogados, concluye “y sin embargo, este administrador a todos les tomaba el pelo”.

“And yet this Manciple sette hir aller cappe” (I (A) 585).

Brewer (1979), calificó el *Cuento del mayordomo* como “comedia de orgullo social”, ya que el molinero y su esposa se sentían por encima de los demás parroquianos de su pueblo. Aun si socialmente se creían mejores, no cabe duda de que era posible que se sintieran inseguros ante los estudiantes, por lo que se ensañarían al burlarse de toda sus “estudios”.

Existen estudios de estas tensiones,<sup>20</sup> donde resalta la flexibilidad y movilidad de los clérigos como clase, quienes además se caracterizaban por una clara hostilidad hacia la burguesía, lo que se reflejaba en los tradicionales conflictos entre “town y gown” (Pearsall, p. 171).<sup>21</sup>

Pero volvamos al relato del mayordomo, donde la comicidad de la escena de los jóvenes persiguiendo hasta el agotamiento al caballo del director de su colegio, se acentúa al contrastarla con la tranquilidad maliciosa del molinero al robarles la harina. Y para reforzar lo anterior, una vez recuperado el caballo, los estudiantes se ven obligados a pasar la noche con el molinero y su familia. Éste se disculpará por la estrechez del lugar, y burlándose nuevamente les dice:

Mi casa es estrecha, pero ustedes han aprendido tanto, que con sus argumentos pueden hacer el espacio de una milla con estos veinte pies. Y si aún no es suficiente, hagan más lugar con sus discursos, como suelen hacer.

*Myn hous is streit, but ye han lerned art;  
Ye konne by argumentes make a place*

<sup>20</sup> Por ejemplo el de Sheila Delany: “Clerk’s and Quitting in the Reeve’s Tale”, *Mediaeval Studies*, 29 (1967), pp. 351-6, *cit.* por Pearsall.

<sup>21</sup> Los universitarios realmente ocupaban un sitio de excepción en las ciudades. Además, dada su posición social al desempeñar cargos diversos —como secretarios, lectores, historiadores, juristas, etc.— en las cortes, donde se les exigían conocimientos humanísticos que implicaban una considerable cultura, los letrados tenían también rivalidades con otras capas de la sociedad, como serían los caballeros. Así los famosos debates entre el clérigo y el caballero, que aunque muchas veces se centran en las capacidades eróticas de ambos rivales, no sólo ponen en escena una pugna entre grupos sociales competidores, sino, como lo señala Tatiana Bubnova, la toma de conciencia por parte del estamento de los letrados, orgullosos de su valor como depositarios de la cultura y de la importancia de su función social (Bubnova, p. 95). En la misma vena, Le Goff recuerda también el desprecio de los goliardos —que son universitarios, y que tienen una influencia en el pensamiento de las universidades— hacia la gente del campo (Le Goff, pp. 45-47). Casualmente, en los *Cuentos de Canterbury*, encontramos diversos ecos de las ideas y críticas a la sociedad de los goliardos (que también pudieron llegar a Chaucer a través del *Roman de la Rose*).

*A myle brood of twenty foot of space.  
Lat se now if this place may sufficse,  
Or make it rowm with speche, as is youre gise.*

(I (A) 4122-4126).

Al respecto de este tipo de bromas contra los estudiantes, se trata de burlas bastante comunes a expensas de los universitarios, entre las cuales suele citarse una de John Waldeby acerca de un estudiante de Oxford que, a base de argumentaciones lógicas, intentó probarle a su padre que su habitación tenía dos puertas, por lo que el padre cerró la única puerta real, golpeándolo mientras lo exhortaba a buscar la otra...<sup>22</sup>

Resulta especialmente interesante, en este contexto, que el comentario del cocinero al relato del mayordomo retome en primer lugar justamente la “burla académica”, cuando palmeándole la espalda al narrador, aprueba:

*Ha! ha! quod he, For Cristes passion,  
This millere hadde a sharp conclusion  
Upon his argument of herbergage!*

Ja, ja, Por Cristo que este molinero obtuvo una aguda conclusión acerca de su argumento de hospedaje.

Como si con estas frases se insinuara que el molinero no recibió tanto un merecido castigo por robar a los estudiantes, sino por tratar de ridiculizar sus estudios. Lo cual tal vez podría ser tachado de llevar demasiado lejos la interpretación, pero el autor realmente adopta una postura que ya hemos visto en las otras historias. En efecto, aunque permita que se haga burla de los estudiantes, al final, estos siempre salen ganando.<sup>23</sup> Hay

<sup>22</sup> Esta historia es tomada de Wenzel, *Anglia*, 97, 1979, p. 310 (*cit.* por Riverside p. 851).

<sup>23</sup> A pesar de que no haya sido gracias a sus estudios como lograron desquitarse. Así como Nicholas se había valido de su superioridad de letrado para engañar

que subrayar que aunque los universitarios demuestran mayor habilidad, cuentan sobre todo con la clara complicidad del narrador, quien se esmera en hacer del molinero un personaje odioso y ridículo.

La justicia poética de Chaucer los deja vencedores, al igual que en el *Cuento del molinero*, donde, aunque ambos estudiantes salieron algo maltrechos (uno habiendo besado el trasero de su amada en vez de su boca, y el otro con el propio trasero quemado), sus males pasan a segundo término ya que la verdadera víctima propuesta por el narrador es el carpintero cornudo, quien terminará siendo considerado como loco no sólo por los vecinos, sino justamente por “todos los estudiantes” (“*every clerk*” (I (A) 3847) ) que se enteran de la historia.

Es importante notar, pues, que en ambos casos Chaucer otorga la supremacía a los estudiantes<sup>24</sup> y, aun cuando permite que se hagan burlas a su costa, elige no focalizar en las desgracias que sufren, sino simplemente presentarlas como pasos previos al salto triunfante que darán al final de sus respectivas narraciones.

Así pues, aunque la actitud de Chaucer podría parecer ambigua, ya que se mofa de los estudios, en realidad no lo es, pues, no sólo toma partido al interior de los relatos, sino que, desde su posición privilegiada de narrador general, bromea acerca de la ignorancia de sus personajes, como cuando el molinero narrador del *Cuento del Molinero* se burla de la falta de estudios del carpintero, quien, “como era un hombre ignorante no conocía a Catón” “*He knew nat Catoun, for his wit was rude*” (I (A) 3227). Dado que los proverbios a que se refiere el molinero en este pasaje no provienen de Catón, se ha sugerido que Chaucer

al carpintero, en este relato todas las estafas y los embrollos que se hacen unos a otros son simples y llanos, no basados en la erudición, sino en la astucia, ayudada por una enorme dosis de buena suerte. Pero es justamente esta buena suerte la que la historia les otorga como ventaja sobre los demás.

<sup>24</sup> Cosa en la que va de acuerdo con la tradición de los *fabliaux*, donde los clérigos-estudiosos siempre resultan victoriosos.

estaría haciendo mofa no sólo de la estulticia del carpintero, sino del propio molinero que sabía tan poco de Catón como aquél a quien criticaba.

Pasemos ahora al *Prólogo de la mujer de Bath*, donde nuevamente hace aparición un estudiante. En efecto el quinto marido de la mujer de Bath había estudiado en Oxford, y con él se había casado “por amor y no por dinero”.

Todo el mundo recordará que, para justificar su largo historial de casorios y maridos, la mujer de Bath realiza un brillante ejercicio retórico donde emplea con asombrosa soltura toda clase de referencias literarias y argumentos eruditos. Lo notable es, sin embargo, que todos sus razonamientos y autoridades son en cierto modo empleados abusivamente, forzándolos a adaptarse a sus muy particulares intereses (*i. e.*, hace una larga argumentación para defender el matrimonio contra la virginidad, y al defender la importancia de la actividad sexual de las parejas, aduce la necesidad de procrear como uno de los puntos claves del matrimonio. Sin embargo, a lo largo de su azarosa vida conyugal, en ningún momento se hace mención de hijo alguno que ella haya tenido, con lo cual todos sus argumentos resultan sospechosos).

Como ha sido comentado en múltiples ocasiones, este personaje encarna, en su prólogo, la muy analizada oposición entre el conocimiento de los libros y la intuición natural, o como ella lo precisará en la primera frase que pronuncia: entre “auctoritee” y experiencia.<sup>25</sup>

Después de haber narrado con lujo de detalles las vicisitudes de sus cuatro primeras experiencias de vida marital, la mujer de Bath llega al quinto marido, de quien repetirá constante-

<sup>25</sup> “Experience, though noon auctoritee

Were in this world, is right ynogh for me

To speke of wo that is in mariage;” (III (D) 1-3). (“Para hablar de las penas que hay en el matrimonio me resulta más que suficiente la experiencia, por lo que daría igual que no existiera en el mundo ningún tratado o autoridad que tocara este tema”).

mente que se trata de un estudiante (III (D) 527, 548, 566, 595, 628). Y esta insistencia en que es estudiante, da paso al persistente recuerdo de un episodio que determinó su relación con dicho estudiante, y que menciona tres veces: la primera, casi en la presentación del joven, explica cómo éste la dejó sorda de un oído al pegarle en la oreja, por haber arrancado ella una hoja a su libro,

*... he smoot me ones on the lyst,  
For that I rente out of his book a leef  
That of the strook myne ere wax al deef.* (III (D) 634-636).

La segunda (III (D) 667-668) la narra después de explicar cómo el muchacho la aleccionaba con ejemplos de la antigüedad y del Eclesiastés para que se comportara bien, y cómo a ella le “tenían sin cuidado sus proverbios y sus citas bíblicas”

*... Y sette noght an hawe  
of his proverbes n'of his olde sawe,* (III (D) 665).

Después, describe el libro causante del ultraje: una colección ficticia de trabajos antifeministas y antimatrimoniales escritos para animar a los jóvenes al celibato. Era el libro predilecto de su marido, quien lo leía “gustoso” “noche y día” “nyght and day” (III (D) 669),<sup>26</sup> donde se relataban toda clase de atrocidades cometidas por las esposas contra sus maridos. Y por último, la narradora repite por tercera vez, “voy a platicarles cómo es que fui golpeada por causa de un libro, Por Dios”

<sup>26</sup> Este libro, se basa fundamentalmente en dos obras, la *Epístola a Rufino* (*Epistola Valerii ad Rufinum de non Ducenda Uxore*) supuestamente de Valerio, y *El Libro Dorado del Matrimonio* (*Liber Aureolus de Nuptiis*) de Teofrasto, además de pasajes de la obra de San Jerónimo *Epistola adversus Jovinianum*, y de *De exhortatione castiatis*, o *De monogamia* de Tertuliano, del *Arte de Amar* de Ovidio, de parábolas de Salomón, y otros libros como el *Roman de la Rose* (v. *Riverside*, pp. 114 y 868, y Pearsall, p. 72). Aunque se trata de una colección ficticia, Chaucer parece parodiar un tipo de compilaciones antifeministas, que seguramente él conoció.

Es interesante notar cómo, en esta exclamación final, se expresa la incompreensión de la dama, quien realmente no logra explicarse cómo casi la dejan sorda ¡por un simple libro!

Sin embargo, la historia termina abruptamente, ya que una vez que la ha dejado en el suelo del golpe, el marido se arrepiente de haberla lastimado, y accede a quemar el libro y a quedar desde ese momento sometido al dominio de ella, lo que hace de ese matrimonio un paraíso (siempre desde el punto de vista femenino). Sabemos que con este prólogo se inaugura lo que Kittredge (1911-12) definió como el debate matrimonial, donde se discute quien tiene derecho a la supremacía en la pareja, y que, curiosamente, tanto el “*clerk*” como el mercader y el terrateniente<sup>27</sup> entrarán gustosos en esa lid. Pero el final del prólogo no deja de parecer precipitado: ¿cómo explicar que un hombre que pasaba “noche y día” leyendo “gustoso” su misógino libro, accede tan fácilmente a deshacerse de él?, ¿cómo justificar que si fue capaz de dar semejante golpe a su esposa por causa del libro, acepte quemarlo después?, ¿o es que realmente se pretende que creamos que, al darse cuenta de la influencia nefasta que estaba teniendo en él, decide renunciar a sus intereses libresco?

Aunque el debate matrimonial sea uno de los temas importantes aquí, lo que realmente parece estar en juego es la oposición entre los conocimientos libresco y la práctica. El gesto simbólico de quemar el libro es bastante elocuente y nos recuerda las primeras frases de la mujer de Bath, cuando afirmó:

*Diverses scoles maken parfyt clerkes,  
And diverse practyk in many sondry werkes,*

<sup>27</sup> Curiosamente, porque la relación con el mundo libresco no sólo aparece ligada al “*clerk*”, sino que en las historias de los otros dos es notable la presencia de ese ámbito.

*Maketh the werkman parfyt sekirly;  
Of fyve husbondes scoleiyng am I (III (D) 44c-44f).*<sup>28</sup>

(De la misma manera en que distintos métodos perfeccionan al estudiante y diferentes oficios al obrero, mis cinco maridos han sido mi escuela.)

Es notable que la señora haya elegido un vocabulario relacionado con la academia para poder descalificarla aun más rotundamente. En este contexto, no debería resultar tan sorprendente que la respuesta más fuerte, más irónica y contundente, venga del pacífico “clerk”, a pesar de que éste parecía, según el retrato del Prólogo General, no ser capaz de matar ni una mosca. Y sin embargo, con la historia de la inverosímil paciencia y lealtad de Griselda hacia su marido, este sabio da un fuerte revés a todas las reivindicaciones femeninas de la mujer de Bath. Además, los versos del llamado “epílogo de Chaucer”,<sup>29</sup> justo al final del relato del “clerk”, sobresalen por la ironía con la que exhorta a las mujeres a evitar el ejemplo de Griselda, y prácticamente, aunque sin mencionarla, a seguir los tremendos principios que guiaban a la mujer de Bath. Estas estrofas son particularmente cáusticas, y concluyen, contra el ejemplo de Griselda, aconsejando a las damas que dejen “que el hombre se preocupe y lllore y se lamente y sufra”.

*And lat him care, and wepe, and wrynge, and waille (IV (E) 1212).*

<sup>28</sup> Estos versos no aparecen en todos los manuscritos, algunos críticos piensan que Chaucer los insertó en una versión posterior, pero otros piensan que se trata de líneas que el autor pensaba cancelar. Son, sin embargo, auténticos y vienen perfectamente a cuento en el contexto de la oposición entre estudios y experiencia.

<sup>29</sup> Hay críticos que consideran que ese tono era extraño al clerk y que el cambio de metro en las seis stanzas del “*Envoi*” de Chaucer, hace que surjan dudas acerca de la posibilidad de adjudicar esta canción al “clerk” y no al propio narrador general (Bowden, p. 129).

Parecería que, ante la exuberante y apasionada exposición de la mujer de Bath, Chaucer ofreciera como antídoto la serenidad idealizada del relato del *clerk* —donde uno de los ejes parece ser el control sobre las emociones que Griselda ejerce al ser despojada de sus hijos y dignidades—, aunque luego, reconsiderando, quisiera demostrar igualmente que toda la erudición del letrado no le impide ser tan corrosivo, o más, que la propia dama criticada.

Pero siguiendo con la oposición entre los “legos” y los “estudiosos”, la mujer de Bath vuelve a dar muestra de la incomprensión del común de la gente hacia el interés por los libros.

Obviamente, la burla de quien defiende el conocimiento empírico contra la sabiduría libresco debió ser un tópico de la época. Basta recordar a este respecto el relato 37 de las *Cent Nouvelles nouvelles* (c. 1462), donde un marido, celoso y amante de la historia, recopila libros con ejemplos de todos los posibles engaños de las mujeres, mismos que se toma el trabajo de copiar: “Los leía sin cesar, los estudiaba siempre, y de esos libros hizo para su uso personal un pequeño resumen donde había seleccionado, subrayado y descrito diversos tipos de engaños ejecutados por las mujeres con toda su astucia, en detrimento de la persona de sus maridos”. Por supuesto, en tanto que él trabaja con los libros, la esposa se las arregla, a pesar de la celosa custodia que sufre, para tener una verdadera aventura, con lo que él termina por comprender que “no le había sido de ninguna ayuda el libro o el cuaderno donde había consignado la colección de engaños”, y tampoco “sintió la menor necesidad de poner éste por escrito en su lista, tan vivo era el recuerdo que conservó de él durante los días que le quedaron por vivir...”. El enfrentamiento entre la experiencia y los libros es lo suficientemente brutal para convencer al sabio de que ni siquiera vale la pena dar fe de ello en otro escrito... que para efectos prácticos podría no resultar de mayor utilidad.

Esta oposición entre lo que se aprende en los libros y el sentido común aparecerá desarrollada en otros relatos de los *Cuentos de Canterbury*, aun cuando en ellos ya no aparezcan explícitamente los estudiantes.

En el *Cuento del comerciante* presenciamos una discusión en donde los argumentos a favor y en contra del matrimonio parecen totalmente eruditos, basados en autoridades (Séneca, Catón, las Santas Escrituras), como debía ser familiar en el medio académico. Cuando January declara, apoyado por estas autoridades, las bondades de los lazos conyugales, su hermano lo objeta basándose en las mismas autoridades, pero para argumentar lo opuesto. Y January contesta exasperado: “Me importan un bledo Séneca y sus proverbios, y toda la jerigonza de los estudiantes”

*Straw for thy Senek, and for thy proverbes!*  
*Y counte nat a panyer ful of herbes*  
*Of scole-terms. ... (IV (E) 1567-1569).*

Así pues, el propio personaje que había empleado la autoridad de Séneca, cuando lo ve utilizado en su contra, reniega de él, y para el caso, de toda argumentación escolástica, en que con las mismas autoridades se puede defender un punto y luego su contrario, ¡sin siquiera cambiar de fuentes! Parecería como si Chaucer se burlara, desde adentro, de las disputas universitarias.

Y, para coronar la burla, habría que notar que January defiende el matrimonio a lo largo de 220 versos.<sup>30</sup> Uno de sus hermanos lo apoya durante 40 versos y el otro lo previene en 44. Cuando January descalifica todas las autoridades “escolares”, parece zanjar el asunto y da por acordado que debe casarse, con lo que toda la discusión queda anulada, ya que él desde

<sup>30</sup> Desde 1262 hasta 1481.

el principio estaba convencido de querer casarse y la argumentación “erudita” no sirvió para aclararle nada. Nuevamente pues, encontramos este menoscabo de la erudición ante el sentido común.

El *Cuento del capellán de las monjas* proporciona otro ejemplo de una amplia utilización de fuentes eruditas para una argumentación que no parece tener mayores efectos. Por un lado, resulta cómica la incongruencia de un despliegue tal de conocimientos por parte de los animales de un gallinero: no sólo asistimos a una nutrida discusión entre el gallo y su gallina “favorita”, sino que el villano, el zorro, también lector, cita a Boecio y otros autores (VII 3294, 3312), mientras intenta atrapar al gallo; además de que la gallina también había mencionado ya a Catón, y hecho todo un diagnóstico médico para recetarle al gallo un purgante contra las pesadillas. Pero lo que nos interesa aquí es, sobre todo, la constatación de que nuevamente el aparato teórico no sirve de mucho cuando se trata de aplicarlo a la vida práctica: el tema del debate había sido la predestinación y la eficacia (y veracidad) de los sueños para prevenir desastres. El gallo, que recomienda libros citando a “famosos escritores” (VII 2984), historias de la Biblia y de la literatura clásica, en defensa de la importancia de los sueños para la prevención de desgracias, concluye afirmando: “mi sueño augura un peligro” (VII 3151-3153), y una vez dicho esto, se olvida totalmente de protegerse ante ese posible peligro, y cae en las garras del zorro.

A pesar de que en los últimos ejemplos parecería que el autor tuviera interés en burlarse de los métodos argumentativos escolares y de su ineficacia ante los problemas prácticos, hemos visto que a lo largo de la obra se ha presentado, tanto a los estudiantes como a los estudios, desde varias perspectivas, a veces idealizándolos (como al *clerk* peregrino), a veces moñándose de ellos, pero no sin concederles la ventaja, como si el autor no quisiera descalificar simplemente al mundo del cono-

cimiento, sino que al permitirse esa mirada irónica sobre él, más bien estuviera admitiendo su propia admiración.

Sabemos que las mejores bromas acerca de los estudiantes y su mundo, sobre las argumentaciones y la erudición, eran producidas en el seno mismo del medio escolar, que a Chaucer no debió resultarle ajeno. Pero, aunque era un letrado, él mismo no había sido estudiante, por lo que podía permitirse una cierta ambivalencia hacia un tema que flotaba en el aire, y que dadas las condiciones de oposición entre los estudiantes y el resto de la población de las ciudades, debía resultar un buen recurso cómico para cualquier repertorio.

Sin embargo, podríamos aventurar, a modo de conclusión, que aunque la dicotomía entre el mundo cotidiano y el mundo de la academia o de las letras, como tema que se delinea a lo largo de los *Cuentos de Canterbury*,<sup>31</sup> tenía una actualidad indiscutible por sí mismo, pudo además haber sido uno que interesaba Chaucer de manera especial, ya que se trataba de un asunto que le afectaba en carne propia.

Como se sabe, a pesar de ser, en palabras de George Kane, “el primer hombre de letras en Europa fuera de Italia” (*Chaucer*, p. 2), Chaucer no era un escritor profesional —noción que, por otra parte, ni siquiera existía. Pertenecía al servicio del rey, y no como poeta de la corte, sino ocupando cargos de responsabilidad (a veces incluso peligrosos), que incluyeron misiones diplomáticas, negociaciones delicadas y puestos de experiencia administrativa y financiera.

A su primera carrera de servidor real, añadió pues la segunda, de erudito —haciendo traducciones al inglés de libros como la *Consolación de la Filosofía* de Boecio, o *El Roman de la Rose*—, para luego incorporar, además, una tercera carrera,

<sup>31</sup> Como muchos otros temas que ya han sido examinados por la crítica (cfr. el capítulo sobre “temas y variaciones” del libro *The Structure of the Canterbury Tales* de Helen Cooper (pp. 208-239), donde la autora distingue una media docena de temas que se van entretejiendo a lo largo de la obra).

la de escritor. Acerca de esta última no existe ninguna evidencia de que Chaucer haya sido remunerado o incluso reconocido por el rey por su trabajo literario<sup>32</sup> (en esa época existía un estatus bajo y un concepto limitado del papel de “poeta en lengua vernácula”). Este hecho incide directamente en su obra, obligándolo a adoptar desde sus primeros escritos, y a lo largo de casi todo su trabajo una personalidad autorial que debía permanecer ficticia. (Kane, pp. 3-4). Y es curioso que el escritor elija una voz narrativa —que tendemos a identificar con la del autor—, que ha sido calificada como torpe, poco sensible, casi obtusa, de juicios poco sensatos y poco confiables.

Existe en efecto, un largo debate acerca de la personalidad del narrador chauceriano, que enfrenta dos posturas, aquella que considera al narrador como la ficción literaria de un simplón y la postura contraria, que lo eleva a una idealizada sofisticación e ironía que lo iguala al poeta mismo.<sup>33</sup> Esta última propone, pues, que la voz del narrador general no puede ser considerada ni torpe ni ingenua, sino que se debe leer en el registro perfectamente consciente de la vena irónica característica de Chaucer. Y que es justamente ese narrador irónico y burlón el que se presenta a sí mismo como de poca inteligencia y reducida habilidad literaria, con el único propósito de divertir a los oyentes (Major, p. 162), o podríamos añadir, para congraciarse con ellos. Porque como miembro de la corte del rey, Chaucer presentaba sus obras literarias oralmente (Baugh, pp.

<sup>32</sup> Lee Patterson, precisa que existen alrededor de 100 documentos —un número considerable— que acreditan la vida oficial de Chaucer, y ninguno de ellos menciona el hecho de que fuera poeta (<http://www.yale.edu/engl1125/text-only/lectures/lecture-1.html>). Sabemos, sin embargo, que para la época de composición de los *Cuentos de Canterbury* (1380), en el ámbito literario sí es aclamado, no sólo por John Gower y Thomas Usk, sino por poeta franceses, como Deschamps, quien le dedica una famosa balada).

<sup>33</sup> Al respecto del debate provocado por este tipo de percepciones acerca de la personalidad del narrador y su relación con el autor en la obra de Chaucer, v. Garbáty, 1974, quien hace un buen resumen, además de proponer una tercera postura, que intentaría conciliar las dos anteriores.

14-15, Garbáty, p. 104), ante amigos y enemigos (tal y como sus lectores del siglo xv lo inmortalizaron en el manuscrito de Corpus Christi).<sup>34</sup> Este simple hecho, la difusión oral del texto, y la particularidad de la propia personalidad profesional de Chaucer, explicaría que el autor estuviera conscientísimo del largo trecho que lo separaba, como letrado, del resto de los artesanos a quienes debía proponer sus escritos.

Tal vez la actitud irónica hacia sí mismo, que su voz narrativa hace explícita, es la misma que produce esa presentación ambigua del mundo del conocimiento en los *Cuentos de Canterbury*, donde no deja de aparecer el contrapunto crítico e irónico ante la sabiduría y el estudio, que sin embargo, constituyeron los rasgos más importantes de la estructura de su personalidad histórica, aunque no dejaran de entrar en conflicto con sus actividades profesionales y sus deberes ante el rey.

Sin embargo la explicación biográfica no es suficiente. La variedad de los relatos en los *Cuentos de Canterbury* impide una visión unitaria de la obra. A lo largo de sus historias, Chaucer parece especialmente interesado en presentar una multiplicidad de puntos de vista y de soluciones ante problemas similares. Como Cooper lo ha señalado, una de las aportaciones importantes del autor inglés es su rechazo a que la literatura sea tomada como vehículo de alguna verdad fija y accesible (*The Structure...*, p. 240). En este contexto, tanto la arrogancia de los estudiantes ante la ignorancia de los demás, como el desprecio atemorizado de los legos ante el conocimiento, podrían ser tópicos, y no reflejar sino la compleja realidad que Chaucer logra magistralmente transmitirnos en su obra.

<sup>34</sup> El famoso frontispicio del *Troilus and Criseyde* de Chaucer, en el manuscrito del Corpus Christi College en Cambridge, MS 61.

## Bibliografía

- BOCCACCIO, Giovanni, *Decameron*, Vittore Branca (ed.), Milano, Mondadori Editore, 1985.
- BAUGH, Albert, C., "Chaucer the Man", en Beryl Rowland (ed.) *Companion to Chaucer Studies*, 1a. ed. 1968, Nueva York, Oxford, Oxford University Press, 1979, pp. 1-20.
- BOWDEN, Muriel, *A Reader's Guide to Geoffrey Chaucer*, 1a. ed. 1982, Yugoslavia, Thames and Hudson, 1988.
- BREWER, D. S., "The Fabliaux", en Beryl Rowland (ed.), *Companion to Chaucer Studies*, 1a. ed. 1968, Nueva York, Oxford, Oxford University Press, 1979, pp. 298-325.
- BUBNOVA, Tatiana, "El debate del clérigo y el caballero. Evolución del tema", en *Voces de la Edad Media*, Actas de las terceras Jornadas Medievales, México, UNAM, 1993, pp. 93-104.
- CÁTEDRA, Pedro, *Amor y Pedagogía en la Edad Media*, Salamanca, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Salamanca, 1989.
- Cent Nouvelles nouvelles* (Les), ed. crítica de Franklin P. Sweetser, Ginebra, Droz, 1966.
- CHAUCER, Geoffrey, *The Canterbury Tales*, en Larry Benson (ed.), *The Riverside Chaucer*, Oxford, Oxford University Press, 1988.
- COFFMAN, George, R., "The Miller's Tale: 3187-3215: Chaucer and the Seven Liberal Arts in Burlesque Vein", en *Modern Language Notes*, 67, 1952, pp. 329-331.
- COOPER, Helen, *The structure of the canterbury Tales*, Londres, Duckworth, 1983.
- DAVIS, Norman, *et al.*, *A Chaucer Glossary*, Oxford, Clarendon Press, 1983.
- GARBÁTY, Thomas, J., "The Degradation of Chaucer's 'Geffrey' ", en *PMLA*, 89, 1974, pp. 97-104.
- GILMAN, Stephen, *La España de Fernando de Rojas. Panorama intelectual y social de La Celestina*, Madrid, Taurus, 1978.
- KANE, George, *Chaucer*, Oxford, Nueva York, Oxford University Press, 1984.
- KENDRICK, Laura, *Chaucerian Play*, Berkeley, Los Angeles, Londres, University of California Press, 1988.

- KIRBY, Thomas A., "The General Prologue", en Beryl Rowland (ed.) *Companion to Chaucer Studies*, 1a. ed. 1968, Nueva York, Oxford, Oxford University Press, 1979, pp. 242-271.
- KITTREDGE, George, L., "Chaucer's discussion of marriage", en *Modern Philology*, IX, 1911-12, pp. 435-467.
- LE GOFF, Jacques, *Los intelectuales en la Edad Media*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1986.
- MAJOR, John, M., "The Personality of Chaucer the Pilgrim", en *PMLA*, 75, no. 3, 1960, pp. 160-162.
- PEARSALL, Derek, *The Canterbury Tales*, Londres, Unwin Hyman, 1985.